

Publicación original:

GUERRA, Francisco, “Introducción [al catálogo de la exposición de Una biblioteca ejemplar: Tesoros de la colección Francisco Guerra en la Biblioteca Complutense]”, en *Una biblioteca ejemplar: Tesoros de la colección Francisco Guerra en la Biblioteca Complutense*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2007, págs. 17-24.

**INTRODUCCIÓN AL CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN:
UNA BIBLIOTECA EJEMPLAR, TESOROS DE LA COLECCIÓN FRANCISCO GUERRA
EN LA BIBLIOTECA COMPLUTENSE**

Francisco Guerra

Resumen: El autor, con motivo de la celebración de la exposición *Una biblioteca ejemplar, Tesoros de la colección Francisco Guerra en la Biblioteca Complutense*, organizada por la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid para dar a conocer el rico legado de su colección, hace un repaso a su vida de bibliófilo y los principales hitos en la formación de su biblioteca. Francisco Guerra aporta información relevante sobre el nacimiento de su amor por los libros, que le acompañará toda su vida en los diversos lugares en los que vivió: Torrelavega (Cantabria), Madrid, México, Estados Unidos, Inglaterra y, nuevamente España, mencionando algunas de las adquisiciones más interesantes.

Palabras clave: Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid, Francisco Guerra, Bibliofilia

La Exposición bibliográfica de los Tesoros de la Colección Francisco Guerra en la Biblioteca Complutense esconde un anecdótico que ilustra cumplidamente los artículos del catálogo, si bien, debiera comenzar recordando que ya en la adolescencia y debido a la vecindad de mi domicilio con la que entonces era “Biblioteca Popular” de Torrelavega, villa donde nací en 1916, había tenido acceso a la literatura que en aquellos años constituía la lectura de un hombre culto. Tanto me atraían sus libros, que en más de una ocasión, impaciente por la lectura o el préstamo, entré por la ventana y el bibliotecario tuvo que adelantar la apertura. Además, aquella biblioteca aparece importante en mi memoria, porque su primitiva ubicación fue el domicilio de “Don Fernando, el cura” que pasó a los fastos de la capital del Saja y del Besaya por su célebre sermón durante las “Flores de Mayo”, en el que comparó a la Virgen Grande con el cerdo, explicando en exaltado verbo que ninguno de los dos tenía desperdicio.

Creo que mi amor por los libros antiguos surgió el día de mi cumpleaños en febrero de 1931, cuando vino a comer a casa el P. Cascón S. J., bibliotecario de la Universidad de Comillas y trajo como regalo un ejemplar de *La Eneida* de Publio Virgilio Maron (70-19 a.C.) en edición veneciana del siglo XVIII que parecía acababa de salir de las prensas. A partir de entonces mi bibliofilia, aconsejada por el P. Cascón, se guió por los textos que citaba Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1913) en su polémica sobre *La Ciencia española*. Madrid, 1876, estuvo luego influenciada por Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) y su memorable discurso *Reglas y consejos sobre investigación biológica*. Madrid, 1899, en cuyo *Post scriptum*, redactado en los días aciagos de la pérdida de nuestras colonias, pedía a la juventud española una dedicación total a la investigación científica, y después de la muerte de nuestro sabio histólogo, buscó nuevas fuentes en otros escritores de ideas liberales. Pienso que el P. Miguel Cascón Pablos (1880-1957) influyó decisivamente en la formación de mi biblioteca, pues, aparte de su libro *Los jesuitas en Menéndez Pelayo*. Valladolid, 1940, fue autor de un raro folleto *En el palacio y biblioteca ... de los Fernández de Velasco*. Santander, 1943, cuya lectura me llevó a una de las aventuras más difíciles de mi bibliofilia.

En 1936, ya en quinto curso de licenciatura en la Facultad de Medicina de Madrid, tuve la fortuna de conocer a varios médicos bibliófilos que estimularon, más aún, mi amor por los libros. Entre ellos destacaban dos catedráticos de Farmacología, especialidad hacia la que caminaban mis estudios: Teófilo Hernando Ortega (1881-1976) mi maestro y Gabriel Sánchez de la Cuesta (1907-1982) distinguido bibliófilo sevillano. Pero, en julio de aquel año, se inició la Guerra Civil española, precisamente cuando, gracias a la generosidad de mi padre, me había escapado a Londres para aprender una técnica experimental. Regresé a Torrelavega a los pocos días y casi tres años después, el 5 de febrero de 1939, salí al exilio desde Port Bou, Gerona, camino del campo de concentración de Argelés-sur-Mer, Pyrennés Orientales, en Francia, con una cartera de piel donde iba un pedazo de jabón de cocina envuelto en una muda de ropa interior, unos mendrugos de pan protegidos por servilletas de papel y dos libros: El de A. von Domarus, *Manual práctico de Medicina Interna*, Barcelona, 1929, que había sido mi guía clínica al final de la contienda y el de P. Diepgen, *Historia de la Medicina*, Barcelona, 1932, temprano indicio de mi interés por la historia de la profesión, cuya lectura esporádica me ayudó a entretener el hambre. Atrás quedó *La Eneida* en mi primera biblioteca y la colección de instrumentos musicales por los que tenía especial afición, entre ellos un *Amati*.

Al alcanzar México el 1º de junio de 1939 me gradué en Medicina, compartiendo durante más de seis meses los exámenes “a título de suficiencia” con la enseñanza de la Farmacología, pruebas que contaron siempre con la audiencia de mis alumnos, que disfrutaban el ver como “toreaban” a su maestro. Recuerdo bien el examen de Terapéutica, que fue el primero, porque duró más de dos horas y fui aprobado, pero al salir del aula, cuando era casi de noche, pedí me trajeran unos libros de texto de la

biblioteca para demostrar a un miembro del tribunal donde estaba equivocado y eso no me lo perdonó en su vida. Tuve dos suspensos y repetí meses más tarde el examen de Cirugía en perros, aunque el primero fue excelente, porque su profesor confesó no podía aprobar a quien el procedimiento administrativo pretendía que sabía tanto como él. El otro suspenso fue en Patología del Sistema Nervioso, donde el tribunal revisó conmigo el programa en el Hospital General hasta encontrar mis fallos y entre otros síndromes, recuerdo que tuve que exponer la clínica de la Esclerosis múltiple que años más tarde iría a afectar a la persona que cambió el destino de mi biblioteca. Me avergüenza ahora recordar el mal examen que hice de Ginecología, aunque su profesor, Gonzalo Castañeda Escobar (1867-1947), cuando vió los remilgos que tenía el alumno para explorar una anciana en la cama del Hospital de Jesús, tuvo piedad de mi ignorancia. En 1943, mientras disfrutaba de una beca de la Rockefeller Foundation en Yale University, obtuve el título de Maestro en Ciencias, que fue la base para que una década después y tras duro trabajo de investigación, recibiera el grado de Doctor en Ciencias en la Universidad Nacional A. de México. Pero mi mente tenía muchas preguntas y el deseo de responderlas me llevó de nuevo a las aulas del antiguo palacio de Mascarones, donde entonces estaba la Facultad de Filosofía y Letras, y aprovechando las últimas horas de la tarde acudí durante años a sus clases hasta que en 1955 me gradué de doctor en Historia y en Filosofía. Permanece aun vivo el recuerdo de mi examen de grado de una de ellas en un aula de la Ciudad Universitaria porque duró varias horas, a las que siguió tensa espera, debida a una discusión enconada sobre mi tesis entre el gran bibliógrafo Agustín Millares Carlo (1893-1980), quien junto con el historiador Julio Jiménez Rueda (1896-1960) se enfrentó a otro miembro del tribunal.

México conservaba una tradición de grandes bibliotecas y grandes bibliógrafos y en aquellos años los estudios farmacológicos sobre plantas mexicanas con reputación medicinal me obligaron a la búsqueda ordenada de fuentes bibliográficas, en ocasiones remotas, y a un conocimiento progresivo de la bibliografía mexicana que me sirvió para documentar varios trabajos. Me deleitaba con la lectura, entre otras, de la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. México, 1886 de Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) que en sus años mozos había visto caer de las carretas de bueyes, camino de la Biblioteca Nacional, los viejos libros en pergamino incautados a las órdenes religiosas tras la Independencia. Utilizaba además, varias bibliografías de un médico, Nicolás León Calderón (1859-1929), que según testimonios coetáneos había adquirido sus mejores libros en las bibliotecas de los conventos, como retribución por la defensa de los intereses de sus comunidades en diversos pleitos. Su última biblioteca, exportada al parecer poco después de su muerte por el anticuario mexicano Alberto Misrachi, pude adquirirla en Londres después de la II Guerra Mundial, donde había sobrevivido despreciada durante más de treinta y cinco años en sus paquetes originales, viuda ya de libros coloniales.

Poco después de mi llegada a México tuve la fortuna de conocer a Demetrio S. García Pardo (1883-1948), sacerdote burgalés que por circunstancias de la vida se dedicaba a la venta de antigüedades y libros raros en su casa de la Villa de Guadalupe. El primer libro que adquirí de él fue un precioso ejemplar en gran papel, con *ex-libris* del Dr. Nicolás León, de la obra que sobre las plantas medicinales de México escribiera Francisco Hernández (c.1517-1587), *Opera*, Madrid, 1790; la edición de Casimiro Gómez Ortega (1740-1818) en tres tomos. Tardé dos meses en pagarle, pero luego, poco a poco y con grandes privaciones, conseguí adquirir de él libros antiguos de muy diversos temas cuyo contenido solíamos discutir hasta bien entrada la noche; D. Demetrio siempre me dejaba abrumado por su dominio del Latin.. También adquirí libros de Gustavo Navalón, anticuario cuyos viajes al interior de México a menudo traían sorpresas, en librerías bien conocidas como la de Porrúa Hermanos y la Antigua Librería de Robredo y además, calladamente, obtuve algunos de un sacerdote de origen francés Emilio Valton (1880-1963) buen bibliógrafo. Con los años mi lucha consistió en convencer a algunas viudas de médicos que habían tenido bibliotecas para que sus libros no fueran a arder en los calentadores de agua de los baños y gracias a ello pude completar colecciones de varias revistas médicas mexicanas del siglo XIX.

Habían transcurrido cinco años de mi llegada a México cuando decidí publicar un libro sobre técnicas experimentales de investigación con buen soporte bibliográfico, los *Métodos de Farmacología Experimental*. México, 1946 y tuve la audacia de enviar un ejemplar a Antonio Palau Dulcet (1867-1954) cuyo *Manual del librero hispano-americano*. Barcelona, 1923-1927 era una de mis guías predilectas. Para mi sorpresa tuvo la bondad de contestarme y en su carta incluyó una sentencia "...está bien trabajado..." que dejó huella. Palau tuvo, además, la amabilidad de recordarme al incluir aquel y otros libros míos en la segunda edición de su *Manual del librero hispano-americano*. Barcelona, 1948-1977. Las palabras del gran bibliógrafo me animaron a seguir respetando la Bibliografía como parte fundamental de mis estudios y a los pocos años publiqué el *Manual de Farmacología*, México, 1951, que me proporcionó bienestar económico y colocó mis obras en las bibliotecas médicas por todo el mundo, aparte de ofrecerme recursos para sostener la bibliofilia. Comencé a recibir catálogos de libreros anticuarios españoles y gracias a la ayuda de mi paisano Jaime Villegas Cayón (1912-1991), tuve a mi disposición en Madrid un servicio de exportación de libros eficiente. Mi biblioteca comenzó a enriquecerse con las ofertas de Julián Barbazán e hijos, Luis Bardón López e hijo, sucesora de Gabriel Molina y en particular de la Librería El Callejón, pues me unió gran amistad con Enrique Montero González (1920-1986).que me proporcionó libros legendarios; cometió un error con el *Tractado contra el mal serpentino...llamado Bubas*, Sevilla, 1539, de Ruy Díaz de Isla (1462-1542) y en aquella experiencia los dos aprendimos mucho. Con los años visité los libreros anticuarios de Barcelona, en especial José Porter Rovira (1901-1999), a quien compré una edición de la *Fabrica*

(1555) de Vesalius entre montones de libros, a Ramón Mallafré y F. Puvill, al sobrino del cardenal Alvareda, quien me había ayudado cuando era director de la Bibliotheca Apostolica Vaticana y otros; luego a los libreros de Valencia, pero no alcancé la época de los incunables españoles a “duro”, de los que habla Palau.

Debido a la publicación, con un alumno, de *Las plantas fantásticas de México*, México, 1954, que describía los alucinógenos naturales mexicanos, fuí invitado en 1956 como *lecturer* por la School of Medicine, University of California, Los Angeles, UCLA, donde había un buen grupo de bibliófilos; fue allí Jacob Zeitlin (1902-1987) poeta frustrado y librero anticuario de Los Angeles, buen conocedor de la bibliografía hispano-americana, quien me ayudó a conseguir buenos libros. Gracias a su amistad conocí a otro librero anticuario Warren R. Howell (1912-1984) en San Francisco, de quien adquirí algunos libros mexicanos muy buscados, como el de Eusebio Francisco Kino (1645-1711) *Exposición astronómica de el cometa...* México, 1681, refutado por Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) en su célebre *Libra astronómica y philosophica*, México, 1690, ejemplar que procedía posiblemente de la biblioteca de mi paisano y generoso amigo Martín Carracedo de la Higuera (1901-1977) cuyos libros me habían rodeado en tiempos difíciles en el comedor de su fábrica “Derivados de Leche” en la ciudad de México. Desde California tuve la fortuna de pasar de *lecturer* a Yale University y conocí a los libreros anticuarios de la costa Este americana donde adquirí algunos libros americanos de Medicina. Entonces me ayudó especialmente, Bernardo Mendel (1896-1967) nacido en Viena, gran pianista, que había tenido comercio de muebles por muchos años en Bogotá, Colombia y a su retiro compró la librería anticuaria de Lathrop C. Harper en Nueva York; allí ofreció en sus catálogos grandes libros sobre la historia colonial de Hispanoamerica. Su biblioteca, de cierta similitud con la mía, constituyó en 1964 el Mendel Room, de la Lilly Library, Indiana University, Bloomington..

En 1961 mi vida cambió radicalmente de profesor de Farmacología en la Universidad Nacional Autónoma de México a *fellow* del Wellcome Institute for the History of Medicine, pues implicó el cambio profesional de médico a historiador y la residencia de México a Londres, además del traslado de mi domicilio; en él se incluía la biblioteca, formada ya por libros de muy diverso género y procedencia. El agente aduanal me indicó la necesidad de obtener de la Dirección General de Aduanas de México el permiso e inspección correspondiente y el 21 de abril de 1961 pude ingresar con el mobiliario en los Estados Unidos y de allí trasladarme a Gran Bretaña, donde adquirí una casa en Hadley Wood, al norte de Londres y pude instalar la biblioteca en buen orden. Por otra parte, mi posición en Londres permitió culminar mi formación histórica y bibliográfica y mantener correspondencia sobre libros por todo el mundo; acudía, además, semanalmente a las subastas de Sotheby's y allí, en el invierno de 1967, ocurrió algo inesperado: Por años había soñado con tener un ejemplar del libro favorito de Menéndez Pelayo, la *Antoniana Margarita*, Medina del Campo, 1554 de

Gómez Pereira (fl. 1550), que solo poseyó al final de su vida, cuando el anticuario londinense Bernard Quaritch (1819-1899) le consiguió un ejemplar. Sothesby's anunció aquel libro para una próxima subasta y el día señalado, antes de entrar a ella, me planté ante los que iban a participar en la subasta y les advertí que el que pujara contra mi por aquel libro me tendría como su competidor en todas las restantes. Nadie respondió, entramos a la subasta y aunque ya tenía reservas, conseguí el libro de Gómez Pereira a poco más del precio de salida; era el ejemplar del arzobispo de Westminster, dañado por el agua durante los bombardeos alemanes de Londres y con una hoja facsimile. Pero, la historia de aquel libro no acaba allí, pues en 1972 E. Montero puso ante mí el ejemplar perfecto que ahora custodia la biblioteca "Marqués de Valdecilla".

Mientras residía en Londres vine a España en el invierno de 1965, pues tuve noticias de que los agentes de Hans Peter Kraus (1906-1967), librero vienés que había escapado del holocausto y al que había comprado con dificultad algunos libros en Nueva York, habían valorado, como parte de una herencia, la biblioteca de Santander tan admirada por el P. Cascón. Acudí en Madrid al domicilio de la familia en cuestión, vi los libros en unas cajas con las listas de su valor, acepté la cantidad que pidieron y la aboné en el acto. Regresé al día siguiente a recoger las cajas y cuando procedí a su catalogación, encontré que faltaban los títulos más valiosos. Con los años me enteré que uno de los seis herederos de una de las tres partes de la herencia, se había ido con los libros faltantes a Londres y allí había disipado en una semana lo obtenido con su venta. Pasaron meses de sufrimiento y súplicas inútiles hasta que la pericia de mi asesor legal y paisano Pedro López-Agudo Saro (1907-1989) presentó los hechos ante los Tribunales de Justicia de Santander. Después de la excusa del juez de turno por amistad con la parte contraria, el juez designado en su lugar sentenció que yo recibiera, al valor señalado en las listas, los libros que eligiera y el saldo de los faltantes; y aunque la sentencia parecía favorable, perdí libros famosos. Años después, algunos de los que retuve fueron la delicia de Frederick John Norton (1904-1986) bibliotecario de Cambridge University, que se recreaba con los impresos en letra de Tortis y los describió en su libro *Printing in Spain 1501-1520*. Cambridge, 1966.

Londres era entonces la ciudad con mejores libreros anticuarios: Creo que les conocí a todos y conseguí de ellos libros memorables, especialmente en ofertas privadas de libreros poco conocidos, aunque se me escaparon algunos. Recuerdo bien el día que revisé pacientemente con el hijo de F. B. Maggs varios ejemplares de la primera edición de Richard Hakluyt (1552-1616) *The principall navigations*. London, 1589 hasta que dimos con uno perfecto y algunos de los que adquirí con otros libreros. En Oxford me ayudó mucho John Louis Gili (1907-1998), sobrino del editor catalán, vecino mío en Santillana del Mar, especialista en libros españoles y dueño de The Dolphin Book Co. Ltd., así como Maurice Leon Ettinghausen (1883-1979) antiguo bibliotecario del rey Manuel de Portugal, que tras publicar el catálogo de la biblioteca real portuguesa recordó en su autobiografía las compras que le

hice en A. Rosenthal Ltd. Pero mi gran aventura fue la adquisición de la biblioteca de A. D. Wright, cuya amistad había surgido en una reunión del Osler Club de Londres en la que habló de Vesalius. Con respeto por el interlocutor, señalé, citando a Dionisio Daza Chacón (1513-1595), que en la *Segvnda parte de la practica y theorica de Cirugia...*, Valladolid, 1595, recordaba la actuación que tuvo con Vesalius en 1562 durante la consulta de ambos en Alcalá de Henares respecto a la herida del príncipe Carlos, hijo de Felipe II, advirtiéndome que le había visto actuar y era excelente anatomista, pero mal cirujano. Arthur Dickson Wright (1897-1976) considerado en Gran Bretaña como el mejor cirujano al Este de Suez, había reunido una de las grandes bibliotecas sobre el Sudeste de Asia; por eso, cuando en las Navidades de 1968 me enteré que sus libros iban a ser subastados, llegamos a un acuerdo sobre su valor en oro y los dos, con su hija, pasamos un final de semana en su biblioteca contando monedas. Aparte de sus libros sobre la India británica y las Indias holandesas, adquirí de él un buen ejemplar de Andreas Vesalius (1514-1564) *De humanis corporis fabrica*, Basilea, 1543 y muy buenos libros de viajes.

Al revisar cada uno de los títulos de mi biblioteca acuden a la mente circunstancias que despertaron la génesis de algunos estudios y la búsqueda de textos antiguos. Tal fue el caso en 1959, cuando disfrutaba de una beca de la J. S. Guggenheim Foundation en la Yale Historical Medical Library; pues recuerdo que, como era verano, trabajaba en camisa y fui en busca de un libro a la segunda planta del sótano olvidando las llaves de “raros” en mi despacho. Algo idéntico le había ocurrido allí mismo en 1943 a Arturo Castiglioni (1874-1953), el gran historiador de la Medicina, durante su exilio americano. Me puse a estudiar el libro en cuestión sin cerciorarme de la hora y al llegar la tarde quedé encerrado, pero afortunadamente no cortaron las luces y pasé la noche dormitando a ratos en el suelo y otros leyendo los libros que tenía a mi alcance. Ya de madrugada llegué hasta la *Méthode de traicter les playes faictes par hacquebutes*, Paris, 1545 de Ambroise Paré (1510-1590) y luego a sus viajes, que con los años adquirí en París, de manera que a la mañana siguiente, cuando me oyó el personal de limpieza y pude salir del sótano, excitado por lo que había descubierto durante la lectura de Paré, fui corriendo hasta los mapas para localizar Avigliana, cerca de Turín, en el Piamonte italiano. Años más tarde llegué al lugar exacto donde se le había acabado a Paré el aceite hirviendo que usaba para estimular la aparición de pus en las heridas de bala. Estaba cerca del castillo de Avigliana, donde una compañía de los Tercios viejos españoles, de guarnición en el castillo de Sforza en Milán, desbarató en 1536 la invasión francesa del Milanésado por el ejército de François I (1494-1547). Y fue así como comencé a investigar las bases de la famosa “cura oclusiva” de las heridas utilizada por la Sanidad republicana durante la Guerra Ciiivil.

En otras ocasiones me ocurrieron cosas inverosímiles: Compré a J. Porter en Barcelona un ejemplar de Bernardo de Brito (1569-1617), *Monarchia Lusytana*, Lisboa, 1690-1727, falta del tomo I

y algunos años mas tarde, mientras cenaba con el profesor Jose Caria Mendes (1923-1997) en su casa de Lisboa, al suplicarle me recomendara algun anticuario para completarlo, no respondió, se levantó pausadamente, regresó con el tomo faltante que tenía idéntica encuadernación que mi ejemplar y me lo regaló con historiada dedicatoria. Algo semejante me ocurrió tras adquirir en Londres un tomo con todos los mapas de la primera edición de las *Décadas* de Antonio de Herrera y Tordesillas (1559-1625) *Historia general de los hechos de los Castellanos...* Madrid, (1601-1616) de mucho valor. Años después, en Madrid, recibí una mañana un catálogo de librería donde anunciaban la obra sin los mapas a buen precio. Corrí presuroso a la librería, me llevé al dueño con su libro hasta el banco y cuando le pagué pude comprobar que mapas y texto correspondían al mismo ejemplar.

Pero, en julio de 1969, en vísperas de mis vacaciones en España, cayó sobre mí el diluvio: Había recordado semanas antes aquel examen en México donde tuve que exponer el cuadro clínico de la Esclerosis múltiple al presentir que comenzaba en mi esposa la enfermedad que ya sufría la madre, cuando me vi sorprendido con su demanda de divorcio. Todo se envenenó a partir de entonces y cesó una vida de creación y de estudio. Pude salvar los mejores libros bajo la custodia de mis abogados y después de cambiar la causal de divorcio, pues la original no llegó a prosperar ante los tribunales ingleses durante varios años, decidí concluir el proceso entregando mis bienes a cambio de recuperar la biblioteca. Abandoné entonces Londres y llegué al puerto de Bilbao en agosto de 1973 con doscientas cajas de libros y dos más de duplicados. Recuperé pronto la posición profesional, primero en la industria farmacéutica y luego ya, libre de leyes contra los vencidos, en la universidad española. Alcanzada la madurez profesional busqué buena compañía para lo que había sido el gran amor de mi vida, me rendí ante el arte suasoria de Ana Santos Aramburo, directora de la biblioteca de mi paisano el “Marqués de Valdecilla” y mis libros vinieron a engrosar sus fondos.